

monótona, fatigosa. El interés debido al capitalista por el productor, es como el látigo del colono que chasquea sobre la cabeza del esclavo dormido; es la voz del progreso que grita: ¡Marcha, marcha! ¡trabaja, trabaja! El destino del hombre le empuja hácia la felicidad, y esta es la razón por qué le prohíbe el descanso.

4.º El interés del dinero es, por fin, la condición de circulación de los capitales, y el principal agente de la solidaridad industrial. Este es el aspecto que han visto los economistas, y trataremos de él de una manera especial en el crédito.

He probado, y se me figura que mejor de lo que se había hecho hasta aquí:

Que el monopolio es necesario, por ser el antagonismo de la concurrencia;

Que es de la esencia de la sociedad, porque sin él no habría ésta salido jamás de los bosques primitivos, y aún hoy retrocedería rápidamente;

Y finalmente, que es la corona del productor, puesto que ya por el producto neto, ya por el interés de los capitales que entrega á la producción, proporciona al monopolizador el aumento de bienestar que merecen su previsión y sus esfuerzos.

¿Iremos, pues, á glorificar con los economistas el monopolio, y á consagrarle en provecho de los asegurados conservadores? No me opongo, con tal que, como les he dado la razón en lo que precede, me la den ellos á su vez en lo que sigue.

§ II. Desastres en el trabajo y perversion de las ideas, producidos por el monopolio.

Del mismo modo que la concurrencia, el monopolio es contradictorio en el término y en la definición. En efecto, puesto que consumo y producción son en

la sociedad cosas idénticas, y vender es sinónimo de comprar, quien dice privilegio de venta ó de explotación, dice necesariamente privilegio de consumo y de compra: lo cual conduce á la negación del uno y del otro. De aquí, prohibición tanto de consumir como de producir impuesta por el monopolio contra las clases asalariadas. La concurrencia era la guerra civil; el monopolio es el degüello de los prisioneros.

Estas diversas proposiciones reúnen todas las especies de evidencia posibles: la física, la algebraica y la metafísica. Podré hacer de ellas una exposición amplificada, pero no más, porque con sólo enunciarlas quedan demostradas.

Toda sociedad, considerada en sus relaciones económicas, se divide naturalmente en capitalistas y trabajadores, maestros y asalariados, distribuidos en una escala cuyos grados marcan los rendimientos de cada uno, ya se compongan esos rendimientos de salarios, ya de beneficios, ya de intereses, ya de alquileres ó de rentas.

De esa distribución jerárquica de las personas y de los rendimientos, resulta que el principio de Say, citado hace poco, de que *en una nación, el producto neto es igual al producto bruto*, no es ya verdadero, puesto que por efecto del monopolio, la cifra de los *precios de venta* es de mucho superior á la de los *precios de coste*. Ahora bien, como el precio de coste es, sin embargo, el que debe pagar el precio de venta, puesto que una nación no tiene en realidad otro mercado que la nación misma, se sigue de ahí que el cambio, y por lo tanto la circulación y la vida, son imposibles.

« En Francia 20 millones de trabajadores, esparcidos por todos los ramos de la ciencia, del arte y de la industria, producen todo lo que es útil para la vida del hombre. La suma de sus salarios reunidos es,

hablo por vía de hipótesis, de 20.000 millones; mas á causa del beneficio, es decir, del producto neto y del interés que corresponde á los monopolizadores, hay que pagar 25.000 millones por la suma de sus productos. Ahora bien, como la nación no tiene otros compradores que sus asalariados y sus asalariantes, y éstos no pagan por aquellos, y que el precio de venta de las mercancías no deja de ser el mismo para todos; es claro que para hacer posible la circulación, el trabajador debería pagar cinco por lo que no ha recibido más que cuatro.» (*¿Qué es la Propiedad?* capítulo IV.)

Esto es lo que hace que riqueza y pobreza sean correlativas é inseparables, no solamente en la idea, sino también en el hecho; esto es lo que las hace existir en concurrencia la una con la otra, y da derecho al hombre asalariado para sostener que el pobre se ve desposeído de todo lo que posee de más el rico. Después de haber hecho el monopolio su cuenta de gastos, de beneficios y de intereses, el consumidor asalariado hace la suya, y encuentra que á pesar de habersele prometido un salario representado por ciento en el contrato de trabajo, no se le ha dado en realidad sino setenta y cinco. El monopolio engaña por lo tanto al obrero, y es rigurosamente cierto que, vive de sus despojos.

Hace seis años que he hecho patente esta espantosa contradicción; ¿por qué no ha tenido eco en la prensa? ¿por qué no han advertido al público los árbitros de la fama? ¿por qué los que reclaman los derechos políticos para los jornaleros, no les han dicho que se les robaba? ¿por qué se han callado los economistas? ¿por qué?

Nuestra democracia revolucionaria no mete ruido sino porque tiene miedo á las revoluciones; pero con disimularse el peligro, que no se atreve á mirar

frente á frente, no consigue más que aumentarlo. «Nos parecemos, dice el Sr. Blanqui, á fogoneros que aumentan la dosis de vapor al mismo tiempo que cargan las válvulas.» ¡Victimas del monopolio, consolaos! Si vuestros verdugos no quieren oír, es porque la Providencia ha resuelto descargar sobre ellos su mano. *Non audierunt*, dice la Biblia, *quia Deus volebat occidere eos*.

No pudiendo la venta llenar las condiciones del monopolio, hay hacinamiento de mercancías: el trabajo ha producido en un año lo que el salario no le permite consumir sino en quince meses: deberá por lo tanto holgar una cuarta parte del año. Pero si huelga, no gana nada: ¿cómo ha de comprar? Y si el monopolizador no se puede deshacer de sus productos, ¿cómo ha de subsistir su empresa? Multiplicanse alrededor del taller las imposibilidades lógicas, y los hechos que las revelan están en todas partes.

«Los jornaleros de Inglaterra, dedicados á la industria de guantes, gorros y medias, dice el Sr. Eugenio Buret, habían llegado al extremo de no comer sino cada dos días. Duró ese estado diez y ocho meses.»—Y cita luego una multitud de casos semejantes.

Pero lo que más lastima en el espectáculo de los efectos del monopolio, es ver á los desgraciados obreros acusándose recíprocamente de su miseria, é imaginarse que con coaligarse y apoyarse los unos á los otros, han de impedir la reducción de sus salarios. «Los irlandeses, dice un observador, han dado una lección funesta á las clases trabajadoras de la Gran Bretaña... Les han revelado el fatal secreto de limitar sus necesidades al solo sustento de la vida animal, y á contentarse como los salvajes con el minimum de medios de subsistencia que bastan para

prolongar la vida... Instruidas por este fatal ejemplo y cediendo en parte á la necesidad, las clases trabajadoras han perdido ese laudable orgullo que las llevaba á amueblar cuidadosamente sus casas y á multiplicar á su alrededor las decentes comodidades que contribuyen á nuestra dicha.»

No he leído jamás nada más desconsolador ni más estúpido. Pues ¿qué queriais que hicieran esos obreros? Han venido los irlandeses á dar el mal ejemplo: y ¡qué! ¿se debia pasarlos á cuchillo? Si ven reducidos los salarios: ¿habian de renunciarlos y morir? Imperaba la necesidad, lo está V. mismo diciendo, y han venido luego el aumento de las horas de trabajo, las enfermedades, la degeneracion, el embrutecimiento, los signós todos de la esclavitud industrial: calamidades todas que han nacido del monopolio y de sus tristes antecedentes, la concurrencia, las máquinas y la division del trabajo; ¡y acusa V. á los irlandeses!

Otras veces los obreros se quejan de su mala estrella, y se exhortan mutuamente á la paciencia: es este el reverso de las gracias que dan á la Providencia cuando el trabajo abunda y son suficientes los salarios.

En un artículo que publicó el Sr. Leon Faucher en el *Diario de los Economistas* (Setiembre de 1845), ha demostrado que los jornaleros ingleses han perdido hace algun tiempo la costumbre de las coaliciones, lo que es realmente un progreso de que no puede ménos de felicitarles; pero que esta mejora en la moralidad de los obreros es sobre todo debida á su instruccion económica. «No depende el salario de los fabricantes, ha dicho un oficial de hilandero en el *meeting* de Bolton. En las épocas de depreciacion, los amós no son, por decirlo así, mas que el látigo de que se arma la necesidad, y han de dar, quieran ó no

quieran. El principio regulador es la relacion de la oferta con la demanda, y los amos no tienen poder para serlo... Obremos, pues, prudentemente; sepámos resignarnos á la mala fortuna y sacar partido de la buena: secundando los progresos de nuestra industria, seremos útiles, no sólo para nosotros mismos, sino tambien para el país entero.» (*Aplausos.*)

En hora buena. Hé aquí obreros bien educados, obreros modelos. ¡Qué hombres esos hilanderos que sufren sin quejarse el látigo de la necesidad, porque el principio regulador del salario es la oferta y la demanda! El Sr. Leon Faucher añade con encantadora candidez: «Los obreros ingleses son razonadores intrépidos. Dadles un principio falso, y le llevarán matemáticamente hasta el absurdo, sin pararse ni espantarse, como si marchasen al triunfo de la verdad.» Yo espero que á pesar de todos los esfuerzos de la propaganda economista, los obreros franceses no llegarán jamás á ser razonadores de este calibre. La oferta y la demanda, como el látigo de la necesidad, no logra hacer mella en sus entendimientos. Faltábale esta miseria á Inglaterra: no pasará el estrecho.

Por el efecto combinado de la division, las máquinas, el producto neto y el interés, extiende el monopolio sus conquistas en progresion creciente, y abraza ya la agricultura lo mismo que el comercio, la industria y todas las especies de productos. Todo el mundo conoce el dicho de Plinio sobre el monopolio territorial, que determinó la caída de Italia, *latifundia perdidere Italiam*. Este mismo monopolio es el que empobrece y hace inhabitable la campiña de Roma, y forma el círculo vicioso en que se agita convulsivamente Inglaterra; es el que, establecido violentamente despues de una guerra de raza, produce todos los males de Irlanda, y causa tantas tri-

bulaciones á O'Connel, impotente, con toda su facundia, para conducir á su pueblo al través de ese laberinto. Los grandes sentimientos y la retórica son el peor remedio para los males de las sociedades: más fácil sería á O'Connel trasportar la Irlanda y los irlandeses del mar del Norte al Océano de Australia, que hacer caer al soplo de sus arengas el monopolio que los ahoga. Las comuniones generales y las predicaciones no podrán tampoco más: si sólo el sentimiento religioso sostiene aún la moralidad del pueblo irlandés, es hora ya de que un poco de esa ciencia profana, que tanto desdena la Iglesia, venga en socorro de las ovejas que no puede defender ya con su cayado.

La invasion del comercio y la industria por el monopolio es demasiado conocida para que yo me detenga á reunir los documentos justificativos: ¿á qué por otra parte argumentar, cuando hablan tan alto los resultados? La descripcion de la miseria de las clases jornaleras, por E. Buret, tiene algo de fantástico que oprime el corazon y espanta. Son escenas que la imaginacion se resiste á creer, á pesar de los certificados y de los expedientes gubernativos. Esposos desnudos, ocultándose en el fondo de una alcoba sin amueblar, con sus hijos tambien desnudos; poblaciones enteras que no van el domingo á la iglesia por no tener ni harapos con qué cubrirse; cadáveres insepultos durante ocho dias por no haberle quedado al difunto ni sudario en qué amortajarle, ni dinero con qué pagar el ataud ni al sepulturero, en tanto que el obispo goza de cuatrocientos ó quinientos mil francos de renta; familias enteras amontonadas en miserables pocilgas, haciendo vida comun con los cerdos, y ya en vida ganadas por la podredumbre, ó habitando en agujeros como los albinos; octogenarios que duermen desnudos sobre desnudas tablas;

la vírgen y la prostituta espirando en medio de la misma desnudez é indigencia; en todas partes la desesperacion, la consuncion, el hambre, ¡el hambre!... ¡Y ese pueblo, que expía los crímenes de sus amos, no se subleva! No, ¡por las llamas de Némesis! Cuando un pueblo no siente ya sed de venganza, no hay ya Providencia.

Los exterminios en masa del monopolio, no han encontrado aún poetas que los canten. Nuestros versificadores, ajenos á los negocios de ese mundo, sin entrañas para el proletario, continúan suspirando á la luna sus melancólicos *deleites*. ¡Qué materia para *meditaciones*, sin embargo, las miserias engendradas por el monopolio!

Habla Walter Scott:

«En otro tiempo, hace ya muchos años, cada aldeano tenia su vaca y su cerdo, y su huerta alrededor de su casa. Donde no trabaja hoy sino un colono, vivian ántes treinta; de suerte que para un individuo por sí sólo más rico, es verdad, que los treinta pequeños colonos de los antiguos tiempos, hay ahora veintinueve jornaleros miserables sin ocupacion para su inteligencia ni para sus brazos, cuya mitad sobra. La única funcion útil que desempeñan, es la de pagar, *cuando pueden*, 60 chelines anuales de renta por las chozas que habitan.»

Una balada moderna citada por E. Buret, canta la soledad del monopolio:

Silencioso está en el valle

El torno: los sentimientos

De familia se acabaron.

Sobre el humo el viejo abuelo

Extiende sus manos pálidas;

Y ¡ay! está el hogar desierto

Desolado como su alma.

Los dictámenes presentados en el Parlamento rivalizan con las palabras del novelista y del poeta:

«Los habitantes de Glensheil, en los alrededores del valle de Dundée, se distinguían en otro tiempo de sus vecinos por la superioridad de sus cualidades físicas. Los hombres eran de buena estatura, robustos, activos y animosos; las mujeres agradables y graciosas. Poseían los dos sexos un gusto extraordinario por la poesía y la música. Ahora, ¡ay! un largo período de pobreza, la prolongada privación del necesario sustento y de los vestidos convenientes, han deteriorado de una manera profunda esta raza que era notablemente bella!»

Hé aquí la degradación fatal que hemos señalado en los dos capítulos de la división del trabajo y las máquinas. ¡Y nuestros literatos se ocupan en sutilezas retrospectivas, como si la actualidad no diera para alimentar su genio! El primero que se ha aventurado entre ellos á entrar por esas sendas infernales, ha llenado de encándalo el corrillo. ¡Bajos y cobardes parásitos, viles traficantes en prosa y verso, dignos todos del salario de Marsias! ¡Oh! si vuestro suplicio hubiese de durar tanto como mi desprecio, deberíais creer en la eternidad del infierno.

El monopolio, que hace poco nos había parecido tan justo, es tanto más injusto, cuanto que no sólo hace ilusorio el salario, sino que también engaña respecto de su mismo avalúo al obrero, tomando una falsa calidad y un falso título.

Observa el Sr. Sismondi, en sus *Estudios de economía social*, que cuando un banquero entrega á un comerciante billetes de banco á cambio de sus valores, léjos de hacerle crédito, le recibe. «Este crédito, añade el Sr. de Sismondi, es á la verdad tan corto, que el comerciante apenas se toma el tiempo de examinar si el banquero lo merece, tanto ménos, cuanto

que él es primero en pedir crédito en lugar de otorgarlo.»

Así, según el Sr. Sismondi, están invertidos los papeles del negociante y del banquero en la emisión del papel de Banco: el primero es el acreedor, y el segundo el que recibe el crédito.

Algo de análogo ocurre entre el monopolizador y el hombre asalariado.

De hecho los obreros, del mismo modo que el negociante al Banco, piden que se les descuenta su trabajo; de derecho, debería ser el maestro el que diese seguridad y fianza. Me explicaré.

En toda explotación, cualquiera que sea su naturaleza, el maestro, el empresario, no puede legítimamente reivindicar, además de su trabajo personal, otra cosa que la *IDEA*; en cuanto á la *EJECUCION*, resultado del concurso de numerosos trabajadores, es este un efecto de fuerza colectiva, cuyos autores, tan libres en su acción como su jefe, no pueden producir nada que gratuitamente le corresponda. Trátase ahora de saber si la suma de los salarios individuales pagados por el maestro, equivale al efecto colectivo de que estoy hablando; porque si así no fuese, quedaría infringido el axioma de Say: *Todo producto vale lo que cuesta.*

«El capitalista, se decía, ha pagado los jornales de los obreros á precios convenidos, y por consiguiente, no les debe nada. Para ser exacto, sería preciso decir que ha pagado tantas veces *un jornal* como jornaleros ha ocupado, lo que no es lo mismo. Porque esa fuerza inmensa que resulta de la unión de los trabajadores y de la convergencia y armonía de sus esfuerzos, esa economía de gastos obtenida por su organización en el taller, esa multiplicación del producto previsto, es verdad, por el maestro, pero realizada por fuerzas libres, no es verdad que

las haya pagado. Doscientos granaderos, trabajando bajo la direccion de un ingeniero, han levantado en horas un obelisco sobre su base: ¿se cree acaso que un solo hombre hubiera podido hacer otro tanto en doscientos días? En la cuenta del empresario, la suma de los jornales es, sin embargo, la misma en ambos casos, porque se adjudica el beneficio de la fuerza colectiva. Ahora bien, una de dos: ó hay de su parte usurpacion, ó hay error.» (*¿Qué es la propiedad?* Cap. III.)

Para beneficiar convenientemente la *mule-jenny*, se han necesitado mecánicos, constructores, dependientes, brigadas de obreros y obreras de todas clases. En nombre de su libertad, de su seguridad, de su porvenir, y del porvenir de sus hijos, esos obreros, al meterse en la filatura, habian de hacer sus reservas: ¿dónde están las cartas de crédito que han entregado á los maestros? ¿dónde las garantías que de ellos han recibido? ¿Cómo! millones de hombres han vendido sus brazos y enajenado su libertad sin conocer el alcance del contrato; se han comprometido en la seguridad de que tendrian un trabajo constante y una retribucion suficiente; han ejecutado con sus manos lo que sus maestros habian concebido; se han hecho con esta colaboracion socios de la empresa; y cuando el monopolio, no pudiendo ó no queriendo seguir cambiando, suspende su fabricacion y deja sin pan esos millones de trabajadores, se les dice que se *resignen*. Gracias á los nuevos procedimientos, han perdido de cada diez jornales nueve, y por recompensa se les enseña el látigo de la *necesidad* suspendido sobre sus cabezas. Si se niegan entónces á trabajar por un salario menor, se les prueba que se convierten en azote de sí mismos; si aceptan el precio que se les ofrece, pierden ese *noble orgullo*, esas *decentes comodidades* que hacen la dig-

nidad y la ventura del obrero, y le dan derecho á las simpatías del rico; si se ponen de acuerdo para hacer subir sus salarios, se les envia á la cárcel. Cuando deberian ellos perseguir ante los tribunales á sus explotadores, en ellos vengan los tribunales los atentados á la libertad de comercio. ¡Víctimas del monopolio, sufren la pena debida á los monopolizadores! ¡Oh justicia de los hombres, cortesana estúpida! ¿hasta cuándo beberás, bajo tus oropeles de diosa, la sangre del degollado proletario?

El monopolio lo ha invadido todo: la tierra, el trabajo y los instrumentos de trabajo, los productos y la distribucion de los productos. La misma economía política no ha podido ménos de reconocerlo. «En vuestro camino, dice el Sr. Rossi, encontrais casi siempre un monopolio. Apenas hay producto que pueda ser considerado como resultado puro y simple del trabajo; así la ley económica que proporciona el precio á los gastos de produccion, no se realiza jamás por completo. Es una fórmula que viene siempre profundamente *modificada* por la intervencion de uno ú otro de los monopolios á que los instrumentos de produccion están sujetos. (*Curso de Economía política*, tomo I, pág. 143.)

El Sr. Rossi se ha colocado á demasiada altura para dar á su lenguaje toda la precision y la exactitud que exige la ciencia cuando se trata del monopolio. Lo que con tanta benevolencia llama una *modificacion de las fórmulas económicas*, no es más que una larga y odiosa violacion de las leyes fundamentales del trabajo y del cambio. Por efecto del monopolio, tomándose el producto neto fuera del producto bruto, se ve obligado el trabajador colectivo á rescatar en la sociedad su propio producto por un precio superior al de su coste, cosa contradictoria é imposible; por efecto del monopolio, está destruido el na-